

el coche se alejaba, distinguió en la puerta de la casa á su hermana, acompañada de Pedro Dantenac, y se arrojó en sus brazos, diciendo:

—¡Marieta! ¡Pedro!

### XVII

#### Lo que cuesta la vida de un hombre.

La herida de Pedro Dantenac era menos grave aún de lo que el doctor Desbarres pudo suponer en el primer momento.

El herido mandó llamar al médico por la tarde, y el doctor, después de un examen de algunos minutos, se convenció de que su cliente no tenía necesidad de sus visitas.

—Con la magnífica sangre que usted tiene—dijo á Pedro Dantenac,—no hay nada que temer. La madre naturaleza hará lo que falta.

Dantenac quiso recompensarle por sus servicios; pero el doctor luchó con él en generosidad y no consintió en recibir nada.

La puerta acababa de abrirse, apareciendo en ella Marieta.

Los dos hombres se separaron; pero antes el doctor repitió afectuosamente á su cliente:

—Sobre todo, no lo olvide. Si tiene usted necesidad de mí, no tiene que hacer más que mandar un recado... Ya lo sabe usted, nosotros somos confesores. Secre-

to profesional. Seré demasiado dichoso si en algo puedo serle útil.

Al salir el doctor Desbarres saludó profundamente á Marieta, analizándola rápidamente, y pensando cuando estuvo en la escalera:

—¡Es superior esta morena! ¿Qué haría ahí? ¡Misterio! Quién sabe si será su hermana...

Cuando se quedó solo con Marieta, Pedro Dantenac la llamó á su lado.

La alegría de los antiguos tiempos, la animación de la joven, habían desaparecido.

Los acontecimientos que se sucedían sin interrupción desde su llegada á París, la causaban una impresión siniesta.

Ella, cuya vida había sido tan inocente, tan tranquila, tan uniforme desde su infancia, se encontraba de pronto como el que por vez primera se embarca en un buque destartado en día de tempestad.

Y sobre todo, el recuerdo de su hermana secuestrada, sometida á una especie de tortura, sobrepujaba á todas sus inquietudes.

A las siete, un mandadero se presentó en el hotel preguntando por el señor Dantenac.

Llevaba una carta del marqués.

«Mi querido Dantenac:

»Sé por el doctor que está usted casi restablecido, y por ello me felicito.

»Acabo de saber también que la des-



venturada Benedetta debe llegar esta noche á su casa, calle de Visconti, próximamente á eso de las diez.

»Su hijo ha muerto.

»Por ella sabrá usted lo demás.

»Lo sé por el barón mismo, que la ha dejado hace dos horas.

»No cometa usted ninguna imprudencia y cuente usted siempre con la adhesión de su amigo,

»H. C.

»P. D. No sé qué promesa la ha arrancado el barón, ni por qué medio, pero ella debe pasar en su país algunas semanas, y volver á París dentro de dos meses.

»¿Por qué?

»Es un misterio.»

A la vista de esta carta, Marieta se vió acometida de una intensa alegría.

¡Por fin iba á volver á ver á Benedetta, su hermana querida, la compañera de sus tiernos años!

¡Podría llevarla con ella á su país, á Marignac!

No se ocupaba de lo que dirían, del público, del porvenir, ni de nada, más que de la alegría que experimentaba por encontrar á la que tanto había querido y cuya huida había causado tan inmensa pena en la modesta casa del difunto capitán.

Corrió al telégrafo y puso un despacho

á su amigo Barrousse rogándole que transmitiera la noticia á su tía, que se vería colmada de alegría:

«Benedetta encontrada.»

Nada más, y aquello era bastante.

Las horas la parecieron muy largas.

Sentada al lado de Pedro Dantenac, se extasiaba formando proyectos para el porvenir y tratando de hacer asomar una sonrisa á los labios del herido, cuyo dolor adivinaba á pesar de los esfuerzos que hacía Dantenac por ocultarlo.

Su tranquilidad, su fortuna, sus esperanzas y su amor, habían desaparecido en aquella catástrofe, como esas ciudades edificadas en islas volcánicas que un temblor de tierra hace desaparecer sin que quede vestigio de su existencia.

Marieta le decía:

—Todo lo olvidarás, Pedro, en la paz de nuestras queridas montañas, como tenemos que olvidar los demás.

Y con el poético acento de su dialecto, tan expresivo y tan gracioso, que en él las palabras tienen más alcance que en las regiones frías, añadía:

—¡Ya verás cómo te reanimas con el sol de mayo, contemplando las verdes praderas y los alegres torrentes del país!

Momentos antes de las diez, Marieta llegó á la esquina de la calle del Sena y la calle Visconti, esperando ansiosamente la llegada de su hermana á la vieja casa del marqués de Causstedé.

No estaba sola.



Pedro Dantenac había querido acompañarla.

Sin embargo, él sufría todavía, tanto en el alma como en el cuerpo, pero tenía fuerzas para disimular aquel doble sufrimiento.

En la habitación de Benedetta, que la buena señora Piot había arreglado atendiendo á una secreta recomendación del marqués, Marieta y Pedro Dantenac se asombraron del estado de la desgraciada niña.

Fuera del cariño, de la alegría que demostraba, la joven parecía no tener conciencia de nada. Su memoria estaba oscurecida como un espejo empañado. No hizo ninguna alusión ni al barón Mosés, ni al hijo que acababa de perder.

Unicamente repetía abrazando á su hermana con un terror instintivo y un acento temeroso:

—¡Llévame, vámonos!

Su traje era el de una parisien rica, con algunas incoherencias que sólo podían atribuirse á la precipitación de su salida de Neuilly.

Marieta y Dantenac se comunicaban sus inquietudes con furtivas miradas.

Como la negra en el momento de dejar á Benedetta, el joven se preguntaba si estaba en la plenitud de su razón, y sin embargo, no se atrevía á interrogarla por miedo de agravar el mal y provocar una crisis.

Después de todo, puesto que ya estaba

con ellos, tenían tiempo por delante. Su locura, si es que existía, era dulce é inofensiva, y había que contar con la bienhechora influencia de la pequeña casa de Astos y el cariño de que la pobre se vería rodeada para tranquilizar aquella alma tan profundamente turbada.

Eran más de las once cuando Dantenac se decidió á retirarse.

Marieta se obstinaba en acompañarle; pero él la instó para que se quedara al lado de su hermana.

—De los dos—la decía dulcemente,—ella es la que está peor; puesto que la has encontrado, guárdala bien.

Besó en la frente á las dos jóvenes y se puso en marcha penosamente.

Desde la llegada de la que tan indignamente había vendido, la odiosa portera evitaba que la vieran.

Cuando Pedro Dantenac concluyó de bajar la escalera, la pesada puerta adornada de gruesos clavos se entreabrió para dejarle paso.

El joven la atravesó y se dirigió hacia la calle del Sena.

Al llegar se acordó de que había despedido el coche que le había conducido con Marieta hasta la calle Visconti.

Esperó un momento por si pasaba alguno, pero la calle del Sena á aquellas horas está casi siempre desierta.

Dantenac esperó algunos minutos en vano; después se decidió á llegar á pie hasta los muelles, de los que no estaba lejos.



Avanzaba lentamente, apoyando en el pecho la mano izquierda á fin de sujetar el vendaje puesto por el doctor Desbarres, y preocupado por una multitud de ideas, no observó que un hombre de gran estatura iba detrás de él por la acera opuesta, observando todos sus movimientos.

Aunque lo hubiera visto no hubiera experimentado ningún temor; solo hubiera podido tomarlo por uno de esos agentes de policía que vigilan paseándose por los barrios solitarios y sombríos.

Pero Pedro Dantenac ni siquiera se acordaba de él.

Olvidaba su propia herida desde que el doctor Desbarres le había asegurado que no ofrecía peligro.

Su mal no era aquel.

Su verdadera herida estaba en su corazón lacerado, en su impotencia para imaginar una venganza contra sus formidables adversarios.

Delante del Instituto miró afanosamente por todas partes.

Siempre la misma soledad.

Únicamente pasaron algunos estudiantes cogidos del brazo, que se dirigían á dar una vuelta por los boulevares.

Después, dos coches pasaron á algunos pasos de él; pero uno de ellos iba ocupado por mozas alegres y bebedores despreocupados que pasaban cantando, y el otro, conduciendo equipajes, se dirigía á la estación de Orleans ó á la de Lyon.

Pedro Dantenac subió los pocos escalones que ofrece la acera del puente de las Artes, y se dirigió á la otra orilla del río sin apresurarse.

La noche era oscura. Una ligera niebla se levantaba del río y envolvía como en un velo las siluetas de los transeúntes.

En medio del puente se detuvo el herido para respirar, y al mismo tiempo para contemplar el curioso espectáculo que ofrece el Sena en aquel sitio.

Los barcos golondrinas, semejantes á fuegos fatuos, con sus luces delante y atrás, concluían sus últimos viajes. A los lados de los muelles, interminables filas de faroles de gas se alargaban, acercándose en la lejanía hasta perderse en las inmediaciones del Trocadero; el agua negra se estrellaba rugiendo contra los pilares del puente.

Dantenac, apoyado en la barandilla de hierro, no prestaba la menor atención al movimiento de las gentes, que iban y venían en escaso número á esta hora, en que la circulación está casi interrumpida, para no recobrar alguna actividad más que alrededor de la media noche.

Mientras tanto, el hombre que le vigilaba desde la calle del Sena y que se había emboscado en el Instituto, se aprovechó de un momento en que el puente estaba completamente desierto.

Se acercó con paso rápido, y llegando al lado del herido, que se volvió á medias, le asestó en la cabeza un formidable gol-



pe con un bastón de puño de plomo, tan violentamente, que el desgraciado cayó á tierra sin exhalar una queja.

Entonces el hombre se inclinó á su vez sobre el río.

Estaba desierto como el puente: los barcos estaban muy lejos.

El desconocido levantó el cadáver con sus brazos robustos y le hizo bascular sobre la barandilla.

Aquello fué asunto de algunos segundos.

La masa inerte, con los brazos en cruz y la cabeza oscilante, se hundió en el agua, que pareció crugir de alegría al recibir su presa.

El hombre murmuró algunas palabras mezcladas con risas siniestras y se alejó á grandes pasos.

Casi al mismo tiempo el barón Mosés, encerrado en su gabinete, tenia entre sus manos la carta de Matilde, que un criado de Plessis-Mortcerf acababa de entregarle tardamente.

¡La joven se había suicidado!

¡El hijo del crimen no existía!

¡Aquellas eran sus primeras víctimas!

Abismado en aquellas reflexiones, el banquero, con la cabeza entre las manos, sentía que pesaba sobre él una maldición.

¿A qué lado podía volverse que no viera más que desastres?

La pequeña tumba de las Clayes y la que acababan de abrir para los muertos de la casa de los Loiseleur, no eran las únicas que debía temer.

El doctor Berard no ocultaba sus inquietudes á propósito de Raquel.

A pesar de todas las precauciones tomadas para atenuar el drama de la calle del Circo, la inocente joven había sufrido una crisis terrible.

Todo era para el opulento banquero causa de terror.

De pronto se acordó de la orden que había dado en una explosión de resentimientos, de miedo y de orgullo.

Llamó violentamente.

Próspero se presentó.

—¡Señor barón!—exclamó presa también del espanto.

La fisonomía del banquero era para espantar á cualquiera.

Los cabellos grises del judío, que él mismo había arreglado, estaban en desorden sobre su cabeza congestionada; sus ojos tenían una singular expresión de terror.

—Te he dado una orden—balbució con voz llena de angustia.

—En efecto.

—A propósito de ese Dantenac. ¿Qué has hecho?

—Se la he trasmitido á Brichard, como la he recibido.

—¿Hace mucho tiempo?

—En seguida. Suplico al señor barón tenga en cuenta que yo no era más que un eco. No me mezclo en estos asuntos.

Había asomos de insolencia en el tono del normando.